

Caudillos de América

Escribe: ARTURO LAGUADO

Héroes, caudillos y bandidos asistieron a ese parto lento y doloroso que fue el nacimiento de América. En ocasiones la *facies* de algunos prototipos se confunden: tras el rostro de un caudillo pueden aparecer los rasgos de un héroe o de un bandido. En las encrucijadas algunos perdieron el camino y terminaron consumidos por estériles ambiciones; otros enderezaron sus pasos hacia la gloria definitiva y el favor de un pueblo. Tal fue el caso de Artigas entre otros, de ese "criollo enloquecido de patriotismo", como dice de él un historiador. No es el único, sin embargo. A lo largo de Latinoamérica otros hombres también enloquecidos por el mismo sentimiento alcanzaron destinos semejantes. La diferencia entre los caudillos y los héroes de la independencia americana estriba en que estos últimos confundieron su suerte con la de su patria, sus intereses e ideales con el común anhelo de sus países. Los caudillos por el contrario tuvieron miras que, en ocasiones, no lograron rebasar los límites de una provincia; muchos de ellos se mostraron valientes, generosos y admirables por la terquedad de su heroísmo inútil. Algunos abandonaron por su propia voluntad el campo de la histo-

ria para ir a perderse en las crónicas, la leyenda o las coplas; su lucha se desarrolló al margen, fue tangencial a las necesidades, al progreso de su patria. Sin embargo, esas vidas contribuyeron a formar la epopeya un poco olvidada en la cual se prolonga la lucha emancipadora; las guerras civiles, las rebeliones reivindicadoras. Nuestros manuales de historia fueron escritos por los vencedores con la sangre todavía ardiendo por el calor de la contienda. No tuvieron tiempo para tomar distancia al analizar esos destinos, para estudiar fríamente la justicia o injusticia, las causas y circunstancias que los determinaron. Pero resulta apasionante seguir con atención la trayectoria de vidas que aparecen como lenguas de fuego en cada país de América, en el mismo momento de su historia. En América, tal vez Faustino Sarmiento es el primero que se interesa en el estudio de los caudillos. El fue su contemporáneo. Los retratos que quiso legarnos sobre los personajes y la tierra que sirvió de escenario para sus hazañas están marcados por esta proximidad, por las propias pasiones del autor quien, incluso, ha debido oponérseles con las armas en la mano. Pero Sarmiento desesti-

ma los tonos medios, es grande en la diatriba y en el elogio, y solo sabe hacer retratos a su medida. Sus caudillos, Quiroga, El Chacho, Aldao, aparecen como gigantes (y acaso lo son) fascinantes aun por su crueldad, su violencia, su fuerza y debilidades. Representan la barbarie, son los héroes del anti-progreso y la anti-civilización. La antinomia de Sarmiento es drástica: barbarie o civilización. Un título que se podría transcribir en términos geográficos a la lucha que entonces se libraba entre la capital europeizada, Buenos Aires, y las provincias asiento del "gauchaje", y apegadas a una estructura obsoleta. La lucha entre los federalistas y "los salvajes unitarios", para emplear la terminología del tiempo de Rosas, es apenas un pretexto para la rebelión de los caudillos. En ocasiones los vemos cambiar de campo, lanzarse a la lucha contra sus aliados de ayer enarbolando nuevos lemas, en nombre de los cuales masacran a sus antiguos amigos con la misma saña que emplearon contra sus viejos y comunes enemigos. Llevan la tierra de sus pobres aldeas pegada a los zapatos y no admiten costumbres distintas a las practicadas por sus padres.

Todo cambio social produce una conmoción en las estructuras económicas. La independencia de las colonias españolas trajo como consecuencia un cambio en las relaciones existentes durante la dominación hispana y muchos caudillos fueron una simple expresión del descontento afincado en los representantes del viejo orden. No es extraño entonces que la mayoría de los caudillos argentinos, de los capitanes de "montoneros", sean hombres que pertenecen a una clase distinta a la de sus gauchos;

grandes terratenientes, empezando por Rosas, y terminando por Urquiza su vencedor. Unas veces sus intereses se conjugan con sus ideales patrióticos, otras se hallan demasiado entroncados con las estructuras anacrónicas y entonces los vemos oponerse tozudamente a los cambios exigidos por el nuevo estado.

La figura descollante de los caudillos argentinos acaso es Facundo Quiroga. Su vida, su leyenda, no pudo ser superada por las acciones de El Chacho, de Felipe Varela, de Estanislao López, del fraile Aldao... Su gravitación histórica puede ser menos importante que la de otros, pero en Facundo todos los defectos y las cualidades que hicieron la fortuna de esos "señores de la guerra" se encuentran exaltadas hasta el máximo. Acaso el fraile Aldao era superior en el campo militar; y como simple capitán de "montoneros" el general Angel Vicente Peñaloza, El Chacho, supo identificarse mejor con sus gauchos, vivir hombro a hombro, tanto en la miseria como en la abundancia. En el romance, fue Felipe Varela quien mejor nutrió la imaginación de los cantores populares...

Lógicamente los caudillos latino-americanos están marcados por el medio geográfico. Al hablar de Facundo Quiroga, Sarmiento empieza por describir el paisaje que ha de servir de marco a sus actividades. El tiene un punto de comparación dentro de su propio país para establecer los contrastes, la ciudad de Buenos Aires, en donde las potencias europeas, especialmente Inglaterra, imponen una pausa, señalan las metas a las cuales pueden aspirar los pueblos civilizados. La barbarie para Sarmiento está representada por los hombres que

desconocen las leyes imperativas del progreso e imponen sus propias concepciones, su propio sentido de la justicia y de las relaciones humanas. Así describe a La Rioja, patria de Quiroga y de *El Chacho*: "el aspecto del país, es por lo general desolado; el clima, abrasador; la tierra seca y sin aguas corrientes". Más adelante se refiere al aspecto de sus habitantes. "Hoy gracias a los caprichos de la moda, no causa novedad el ver hombres con la barba entera, a la manera inmemorial de los pueblos de Oriente; pero aun no dejaría de sorprender por eso la vista de un pueblo que habla español y lleva y ha llevado siempre la barba completa, cayendo muchas veces hasta el pecho; un pueblo de aspecto triste, taciturno, grave y taimado, árabe, que cabalga en burros y viste a veces de cuero de cabra, como el ermitaño de Enggady. Lugares hay en que la población se alimenta exclusivamente de miel silvestre y de algarroba, como de langostas San Juan en el desierto. El "llanista" es el único que ignora que es el más desgraciado, más miserable y más bárbaro, y gracias a esto vive contento y feliz cuando el hambre no lo acosa". Agreguemos a esta desoladora descripción las luchas entre las familias principales, cuyas querellas en oportunidades también se dirimían por la fuerza de las armas dentro del campo nacional o meramente local. Pero con la admirable síntesis de Sarmiento ya empezamos a darnos una idea sobre el elemento humano "de base" que sirve para formar "las montoneras", las hordas guerreras que Sarmiento no duda un instante en comparar con las tribus que, bajo las órdenes de Atila, asolaron a Europa. Por lo general el caudillo es un propietario. Incluso entre los familiares de *El Chacho*, el cau-

dillo de costumbres más populares, que aun en el apogeo de su celebridad se niega a abandonar su choza con piso de tierra y hace construir una pieza de material "para la gente decente", destinada a las visitas, figuran un cura y un juez. Quiroga empieza a ganarse la vida como peón pero es hijo de un propietario. Aldao pertenece a una familia importante, como Rosas y Urquiza. Si ahora nos tomamos la libertad de barajar estos nombres, cuyo destino histórico es muy diferente, lo hacemos pensando en sus comienzos. Al fin y al cabo su primera fuerza política o militar la constituyeron, en la mayoría de los casos, los peones de sus haciendas: "un voto con cada lanza". El látigo, los terribles castigos corporales, garantizaban la disciplina. El prestigio, la capacidad de mando se adquirían mostrándose más hombre que los otros, "más de a caballo". Entre los ideales de los "montoneros" existe el de hacerse matar por el más valiente, por el jefe al cual se le atribuyen fuerzas o poderes sobrehumanos. Es claro que la guerra también se convierte en un modo de vida, en una posibilidad de lograr la fortuna. En el saqueo de ciudades y pueblos, en el despojo de los enemigos se encuentra una compensación halagüeña para el gaucho miserable. Pero claro está, el final que en la casi totalidad de los casos está reservado a esa dura vida de privaciones, tanto en la paz como en la guerra, es una muerte oscura y cruel durante un choque contra otra partida militar, o el regreso al rancho misérrimo en donde tiene la opción de dormitar "viendo fugarse los crepúsculos". Durante más de medio siglo ese pueblo de pastores acude fielmente al llamado de sus caudillos, y hace la guerra en dirección norte o en direc-

ción sur para defender intereses políticos que con frecuencia le son ajenos. Durante las guerras de la independencia, un sentimiento profundo les indica su camino desde el comienzo; pero una vez que los españoles abandonan el territorio americano, las causas de su lucha se hacen cada vez más confusas. Ceden al caudillo el derecho, incluso, de escoger por ellos a sus enemigos. Su propio oficio es más sencillo: consiste en matar y en hacerse matar, simplemente. Un heroísmo que de todos modos resulta admirable. Basta el paso del caudillo en son de guerra para que le sigan hasta la derrota o la victoria final. ¿Quién era el caudillo? ¿Cómo era? Rubio y alto, como Felipe Varela, "muy enjuto de carnes como todo criollo criado sobre el caballo" o, por el contrario, macizo y reidor como Francisco Ramírez. Acaso nos aproxime mejor a esa figura mítica la descripción que hace de El Chacho el doctor Salvador de la Colina: "Tengo vivo el recuerdo de la última vez que lo vi pasar por mi casa, a caballo y seguido de un grupo de gauchos. Llevaba montura chapeada de plata, con pretal, freno de grandes copas y riendas del mismo metal. Su traje era: pantalón doblado para lucir los calzoncillos bordados; el chaleco de terciopelo negro, sin saco, desabrochado con botines amarillos; la cabeza atada con un pañuelo de flores punzó y encima un sombrero blando de felpa de color marrón con el ala de adelante levantada y la de atrás quebrada para abajo". "En aquella época, afirma otro autor al comentar el anterior pasaje, su pelo rubio ya había encanecido totalmente". Pero si El Chacho nos da la imagen de un prototipo, en Facundo Quiroga encontramos exaltadas las características del jefe. Existe en la

devoción de los gauchos por el caudillo un elemento mágico que surge especialmente de la mentalidad primaria de los hombres que en número reducido pueblan los extensos territorios de la Argentina del siglo XIX. Su leyenda va cubriendo la extensa zona de sombras que escapa al dominio de la crónica. Es necesario que aquella acompañe y sostenga su figura. Quiroga tiene un caballo moro el cual le aconseja el momento que debe escoger para iniciar la batalla; es capaz de aparecer un día en un lugar y al siguiente a cien leguas de distancia; nadie puede mentirle, como a Urquiza, pues él sabe leer el pensamiento de los hombres. Las anécdotas sobre sus dotes mágicas menudean en su historia. Los gauchos tiemblan en su presencia, porque su terrible ira puede estallar de improviso como un rayo y fulminar al traidor, al mentiroso, al gaucho que esconde negros pensamientos contra su jefe. En realidad, Quiroga conoce a fondo la psicología del gaucho y sabe usar hábilmente de esta sabiduría presentándola como un poder misterioso. Es además un intuitivo, pero en el fondo también está repleto de toda clase de temores sobrenaturales, cree en agüeros, obedece a determinados presagios. Las anécdotas revelan de cuerpo entero el carácter de este hombre. Se ha cometido un robo en el campamento y Quiroga quiere, por motivos de disciplina, descubrir al ladrón para aplicarle un castigo ejemplar. Hace cortar varas del mismo tamaño y las entrega a sus soldados con la advertencia de que el gaucho cuya vara cambie de longitud durante la noche, alargándose, será el culpable. Al día siguiente hace desfilar su tropa a caballo. Los jinetes enseñan sus varas. De repente se precipita sobre uno de ellos y lo de-

riba de la silla gritándole: "Ladrón! Ladrón!". Y el gaucho se confiesa culpable. Por el temor de que su varita se alargara y lo descubriera como autor del hurto, le había recortado uno de los extremos. Otra historia revela un rasgo determinante de su carácter. Después de haber trabajado durante dos años como peón en una estancia, Facundo llega con la totalidad de sus ahorros a un garito y los juega a una sola carta. Pierde. Tranquilamente vuelve a tomar su caballo que había dejado a la entrada un minuto antes y se aleja. Se trataba de unos pocos pesos apenas, de acuerdo con las magras pagas de la época, pero muchos años después cuando Quiroga era uno de los hombres más ricos del país y solía jugar sumas fabulosas, acostumbraba decir que esa había sido su "mayor parada". Esta forma de *jugarse entero* determinó en varias ocasiones el éxito en la vida de Facundo. El arrojo y la valentía parece ser el común denominador de los caudillos. "Apretar cinchas, acortar estribos y pelear hasta que la sangre llegue a la cintura" decía El Chacho a sus hombres. "Cuando se me acaben los soldados pelearé con perros cimarrones, escribía Artigas una vez. Parecería que su medio natural es la contienda, fuera de la guerra, a pie, la mayoría de ellos se muestran torpes y desmañados, incapaces de escribir una carta, de razonar con argumentos distintos a los que les ofrece el número de sus soldados. Los vemos actuar como simples bandoleros o como sádicos verdu-

gos, fusilando, asesinando sin una razón distinta del odio, de la venganza... O bien convertirse en celosos guardianes de un orden que les es ajeno, impartiendo justicias sabiamente, mostrándose grandes, generosos, prudentes. Es cierto, la historia recoge sus nombres y los exhibe como exponentes de una época, pero los "verdaderos" caudillos se quedan encerrados dentro de esas fronteras, no logran desbordar sus límites. Sus acciones heroicas, sus vidas ornadas de cicatrices, de fatigas, de ambiciones grandes o pequeñas, con frecuencia solo sirven para impulsar el desarrollo de su país en el sentido opuesto a sus propósitos. Pero ellos ofrecen sin embargo, una de las imágenes más auténticas en la formación de una América que apenas se prepara para entrar en el siglo XX de nuestra civilización.

Para sus contemporáneos, para Sarmiento, representan la barbarie, caracterizada por sus costumbres, su violencia, sus trajes: el "chiripá" en lucha contra la levita importada de Europa al mismo tiempo que el progreso y los adelantos de la civilización. En términos argentinos es la lucha de la provincia medioeval, conservadora del viejo orden colonial, contra la capital civilizada y vuelta hacia el porvenir. San Martín, Rivadavia, Moreno, Mitre, los vencedores, tenían otra concepción de una patria que poco a poco llegó a realizarse superando la horma de sus sueños...